

UNA TARDE DE AGOSTO, UNA ESQUINA

Mención Especial en el III Concurso de Relato Corto La Encerrona – 2006

Autora: Maria ASTILLEROS TENA

De repente la esquina se inundó de luz; las vaquillas corrían exhaustas, jaleadas por los gritos de cada uno de los vecinos, y se abrían paso con la premura con la que se desplegaban los abanicos aquella tarde de agosto. Yo apretaba la mano de mi padre con una fuerza que me era desconocida hasta entonces, y trataba de ocultarme tras sus piernas para poder atisbar, ya segura, aquel maravilloso espectáculo hasta aquel día virgen a mis ojos de siete años...Mi padre me miraba y sonreía con esa dulce mirada que recuerdo quieta en sus ojos, aquélla mirada con la que siempre intentaba hacerme entender lo que nunca supo decirme con palabras, lo mucho que me quería....

-Papá...me da miedo...

*-Hija, no te preocupes, que si vienen a por ti, se las tendrán que ver conmigo!
Pero míralas qué bonitas son; disfrútalas, porque pronto todo esto también desaparecerá...todo está cambiando tan deprisa, niña!...*

Bajaba entonces la cabeza con aire pensativo y me rodeaba con sus brazos; entonces yo me sentía ya segura y tranquila... alguna vez miraba hacia arriba buscando su mirada clara, y entonces me parecía ver una sombra de tristeza en sus ojos, que yo en aquel entonces atribuía casi siempre al cansancio y al intenso calor.. Pero aquello duraba un instante, y de repente otra vez regresaba la luz a su mirada, y volvía a mezclarse con la algarabía que nos rodeaba, y a levantarme en volandas de vez en cuando, para que pudiera distinguir un pedacito de fiesta entre el gentío y la polvareda

que levantaban bestias y hombres a un tiempo.... Aún hoy, después de tantos años, conservo la imagen de aquellas luminosas tardes dormida en mi alma, y en las noches de verano en las que una serena nostalgia me invade al olor de los jazmines, se despierta el recuerdo de aquella lejana tarde de agosto...

Los jóvenes más gallardos desafiaban a los animales entre grandes risas y carreras apresuradas, y sus ojos se descuidaban del peligro a veces, buscando entre la multitud la mirada orgullosa de alguna joven enamorada, que aquella misma noche habría por fuerza de sucumbir ante tanta valentía.

Las mujeres y los niños se refugiaban en las aceras, estrechándose unos contra otros con nerviosismo, y al paso de las vaquillas gritaban las mujeres, reían excitados los chiquillos, con ojos abiertos como monedas, y algunos de los más pequeños lloraban en los brazos de sus madres, o se agarraban con temblorosos abrazos a sus piernas..

Todo esto duraba tan sólo un instante; un instante que se iba repitiendo a lo largo de toda la calle mayor, como unas fichas de dominó cayendo deprisa. Siempre las mismas caras de miedo, de sorpresa, el mismo grito ahogado, el mismo llanto infantil, los mismos ojos abiertos de par en par...porque por aquel entonces, como siempre me decía mi padre, en el pueblo todos éramos como hermanos. pues el dolor de uno todos lo sentían de alguna manera, y cuando alguien era feliz, todos se alegraban sinceramente y en el peor de los casos con un poco de sana envidia...Y, según me contaba mi padre, los días de las fiestas del pueblo la gente estrechaba aún más los lazos que los unían, y todo lo hacían juntos: comían juntos en la romería en lo alto del monte, sembrando la fresca hierba de pequeños grupos de amigos que se iban mezclando sin orden, obedeciendo sólo al deseo del momento; descansaban juntos a la orilla del río

asimilando la copiosa comida junto a la frescura del agua mientras los chiquillos chapoteaban buscando renacuajos, y ya por la noche, se reunían todos en la carpa que se montaba en la plaza del ayuntamiento y bailaban y bebían juntos. Raramente había algún problema entre ellos, y si surgía, jamás llegaba más lejos de dos o tres palabras malsonantes que siempre se ahogaban entre risas..y la fiesta continuaba toda la noche.

Mi padre siempre decía que nunca volverán fiestas como aquéllas, y que daba gracias a Dios por que yo las hubiera podido conocer, porque algún día, yo se las contaría a mi vez a mis hijos, y aunque cada vez más desteñido, podría viajar el recuerdo a través de las generaciones sin llegar a morir nunca del todo...

Y hoy que he crecido, comprendo el dolor que sentía al ver los encierros cada año en las fiestas del pueblo; ahora sé que le dolían como sólo puede doler aquello que realmente se ama...mi padre sabía que pronto llegaría el último; que más pronto que tarde ya no quedarían mozos para correr las vaquillas, nadie para perseguirlas vociferando sin riesgo, nadie para disfrutar entre asustado y maravillado desde un rincón salvador..mi padre, que era sabio, sabía que el pueblo se moría, y con él las tradiciones y fiestas que durante cincuenta años había esperado cada verano con ansiedad..mi padre sentía que una pequeña parte de él se iba escondida en la maleta de cada uno de los jóvenes que ya empezaban a partir en busca de un mejor porvenir, que abandonaban el pueblo para siempre prometiendo convertirse en hombres de provecho...ya ninguno de ellos sentía el aguijón tan certero que él había sentido en su juventud, todo parecía tan lejano.....

La primera vez que mi padre corrió en los encierros tenía diecisiete años. Como él me había contado, tras muchos veranos apoyado silencioso en la esquina de su calle ,

admirando y envidiando a los mayores que corrían entre empujones calle abajo perseguidos por una nube blanca y negra que resoplaba, por fin el abuelo le había dado permiso... Cuando las vio doblar la esquina desde la que tantas veces las había sentido como suyas, se lanzó en medio del gentío y comenzó a correr. Sus pies parecían tener vida propia; sabía que no podría parar aunque quisiera, porque él y los demás eran como un solo cuerpo, como una marea compacta que se deslizaba uniforme y rebosante de energía. A veces miraba un segundo atrás esforzándose por atisbar el peligro, pero sus ojos sólo alcanzaban a percibir una multitud de rostros acalorados, cuyos contornos se desdibujaban bajo los hirientes rayos de sol que se les venían encima como alfileres punzantes. De pronto, mi padre miró hacia arriba dispuesto a suplicar un poco de piedad al poderoso astro cuando la vio. Mi madre se enfrentó con sus ojos unos segundos, luego bajó la mirada avergonzada. Sólo duró un instante, pero después ambos me dijeron que no habían podido dejar de pensar el uno en el otro durante todo el año siguiente, hasta el mismo día de los encierros. La escena se repitió; de alguna manera ambos lo esperaban; los dos sabían que el otro estaría en el mismo lugar, que sus miradas volverían a ser una, y así sucedió...

Mis padres se enamoraron; lo estuvieron hasta el final, y acudieron cada año a los encierros felices y recordando el día que se conocieron. El día que murió mi madre, mi padre siguió adorando cada instante que habían vivido juntos, y los días de los encierros le gustaba mirar hacia el balcón e imaginarla espléndida aquella primera tarde, recordar tantas veces en que la había estrechado entre sus brazos para protegerla del miedo... sentía que si aquello desaparecía, se le iría un poco más de ella... pero no pudo hacer nada por evitarlo. Hoy el pueblo ha sido abandonado; paseando por sus calles sombrías todo aquello me parece un sueño lejano, y me invade la tristeza al llegar a la

esquina desde la que mi padre me enseñó aquella cálida tarde a disfrutar lo que él tanto amó.